

Javerim

RELIGIÓN CATÓLICA 3 Y 4

EDUCACIÓN PRIMARIA

LECTURA DE IMÁGENES



SAN PABLO



Autores: Carlos Alda Gálvez
Nieves Ferrández Rodríguez
Jesús Olóriz Cortés
María Olóriz Sanjuán
Javier Revilla Aybar

Dirección editorial: Octavio Figueredo / Pedro M. García

Coordinación editorial: Juan Antonio López

Maquetación: Susana Rosendo Crespo

Revisión: Dulce M^a Toledo / Almudena Ligeró

Diseño de portada e interior: Susana Rosendo Crespo

© SAN PABLO 2012 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)

Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723

E-mail: secretaria.edit@sanpablo.es / www.sanpablo.es

© Carlos Alda, Nieves Ferrández, Jesús Olóriz, María Olóriz, Javier Revilla, 2012

Distribución: SAN PABLO. División Comercial

Resina, 1. 28021 Madrid * Tel. 917 987 375 - Fax 915 052 050

E-mail: ventas@sanpablo.es

ISBN: 978-84-285-4078-0

Impreso en Industrias Gráficas Afanías

Printed in Spain. Impreso en España

ÍNDICE



INFANCIA DE JESÚS

4

La Anunciación	4 - 5
Los desposorios de la Virgen	6 - 7
La Visitación	8 - 9
La Sagrada Familia	10 - 11
La Adoración de los pastores	12 - 13
La Adoración de los Reyes Magos	14 - 15
Presentación de Jesús en el templo y la purificación de María	16 - 17
La Virgen con el niño	18 - 19
La huida a Egipto	20 - 21
Jesús disputando con los doctores	22 - 23

VIDA PÚBLICA DE JESÚS

24

El bautismo de Cristo	24 - 25
Las bodas de Caná	26 - 27
La vuelta del hijo pródigo	28 - 29
Jesús en casa de Marta y María	30 - 31
Jesús y el centurión	32 - 33
Jesús en la sinagoga de Nazaret	34 - 35
El tributo de la moneda	36 - 37
Expulsión de los mercaderes del templo	38 - 39
Entrega de las llaves a san Pedro	40 - 41
Cristo y la mujer adúltera	42 - 43

PASIÓN Y RESURRECCIÓN

44

La Santa Cena	44 - 45
La oración del huerto	46 - 47
El prendimiento	48 - 49
Jesús y el Cirineo	50 - 51
Cristo crucificado	52 - 53
La Piedad	54 - 55
El entierro de Cristo	56 - 57
La Resurrección	58 - 59
Noli me tangere	60 - 61
Incredulidad de santo Tomás	62 - 63
La cena de Emaús	64 - 65
Pentecostés	66 - 67



LA ANUNCIACIÓN





La Anunciación.



Bartolomé Esteban Murillo.



Museo del Prado (Madrid).

Lucas 1,26-38

A los seis meses envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una joven virgen, prometida de un hombre descendiente de David, llamado José. La virgen se llamaba María. Entró donde ella estaba, y le dijo: «Alégrate, llena de gracia; el Señor está contigo». Ante estas palabras, María se turbó y se preguntaba qué significaría tal saludo. El ángel le dijo: «No tengas miedo, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. Será grande y se le llamará Hijo del altísimo; el Señor le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin». María dijo al ángel: «¿Cómo será esto, pues no tengo relaciones?». El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el niño que nazca será santo y se le llamará Hijo de Dios. Mira, tu parienta Isabel ha concebido también un hijo en su ancianidad, y la que se llamaba estéril está ya de seis meses, porque no hay nada imposible para Dios». María dijo: «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Y el ángel la dejó.



Explicación

En la estancia en la que se desarrolla el encuentro de María con el ángel se percibe un espacio lleno de tranquilidad. La Virgen, representada como una joven, arrodillada con los ojos bajos, parece interrumpida en su recogimiento por la presencia del ángel y muestra el momento en que acepta su destino, como lo confirman sus manos cruzadas sobre el pecho. El ángel, arrodillado, tiene el aspecto de un mozalbete del pueblo si no fuera por las alas. Con una mano señala a la paloma, símbolo del Espíritu Santo, como alegato a favor de la propuesta que se le ha confiado como mensajero. Todo ello apenas deja espacio para el reclinatorio, sobre el que hay un libro y un búcaro con azucenas, que simbolizan la pureza de la Virgen, y debajo está el cesto de la costura.

En la parte superior, un coro de angelitos se abre en amplia claraboya que da paso al Espíritu Santo, la fuerza y la presencia lumínica de Dios, en forma de paloma como un haz de luz desde el cielo radiante, abierto.

Todo el conjunto es de gran plasticidad. La disposición da respuesta al dominio del espacio, al sentido geométrico, al sentido ascendente del tema, la luz divina y la Virgen en actitud expectante que contrasta con la actitud activa del ángel que anuncia el mensaje. Quedan representados el mundo celestial con el ángel y el terrenal, pero místico, religioso y profundo de María. Una situación juvenil, explosiva, activa; y otra, serena, reservada e interior.

LOS DESPOSORIOS DE LA VIRGEN





Los desposorios de la Virgen.



Rafael Sanzio.



Pinacoteca de Brera (Milán).

Mateo 1,18-21.24

El nacimiento de Jesucristo fue así: María, su madre, estaba desposada con José, y, antes de que vivieran juntos, se encontró encinta por virtud del Espíritu Santo. José, su marido, que era un hombre justo y no quería denunciarla, decidió dejarla en secreto. Estaba pensando en esto, cuando un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: «José, hijo de David, no tengas ningún reparo en recibir en tu casa a María, tu mujer, pues el hijo que ha concebido viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y le pondrás el nombre de Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados».

Cuando José despertó del sueño, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y recibió en su casa a su mujer.



Explicación

El cuadro se nos muestra en dos partes bien definidas. En la parte cercana al espectador, y en primer plano, las personas principales: la Virgen y José, este colocando con una mano el anillo a su esposa delante del Sumo Sacerdote, mientras en la otra mano sostiene la vara que ha florecido mientras las de los pretendientes quedaron secas. La Virgen, con actitud que denota gran recato, va acompañada de varias mujeres y José, por hombres. Uno de los personajes aparece rompiendo un palo con la rodilla en señal de renuncia a su pretensión de casarse con María.

Los protagonistas están formando un semicírculo, al igual que el templo.

En la mitad superior del cuadro, el artista describe con minuciosidad un edificio circular, cubierto por una cúpula, levantado sobre un podio de escalones.

Entre las dos escenas, un espacio que las une por medio de un pavimento bicolor, de baldosas rectangulares, permite dar perspectiva, creando una ilusión perfecta de la distancia.

El artista transmite a través de la obra: naturalidad; coherencia en el respeto e importancia del acto; amor y aceptación; una disposición trazada con mucho amor y equilibrio. Todas las formas, resplandecientes, parecen integradas en una atmósfera cristalina como el mismo cielo azul. Es decir, el ambiente adecuado para el nuevo matrimonio.

LA VISITACIÓN.





La Visitación.



Rafael Sanzio.



Museo del Prado (Madrid).

Lucas 1,39-45

Unos días después, María se dirigió presurosa a la montaña, a una ciudad de Judá. Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño saltó en su seno e Isabel quedó llena del Espíritu Santo. Y dijo alzando la voz: «¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Y cómo es que la madre de mi Señor viene a mí? Tan pronto como tu saludo sonó en mis oídos, el niño saltó de alegría en mi seno. ¡Dichosa tú que has creído que se cumplirán las cosas que te ha dicho el Señor!».



Explicación

Rafael recrea el pasaje bíblico de la visita de María a su prima Isabel.

Desarrolló el tema en el espacio y en el tiempo, al añadir, en el río del fondo, el episodio del bautismo de Jesús a orillas del Jordán por Juan el Bautista.

El artista manifiesta un armonioso equilibrio con la belleza y la serenidad en los rostros, tanto de Isabel como de María.

Los detalles son también protagonistas: la actitud de servicio de María a pesar de estar en un estado avanzado de embarazo, su rubor ante tanta alabanza por parte de Isabel. Resalta la mirada de Isabel con el cuerpo en movimiento hacia su prima y el inicio de estrecharla con un brazo mientras con el otro ya le ha tomado la mano.

LA SAGRADA FAMILIA





La Sagrada Familia.



Bartolomé Esteban Murillo.



Museo del Prado (Madrid).

Lucas 2,6-7

Mientras estaban allí se cumplió el tiempo del parto, y dio a luz a su hijo primogénito; lo envolvió en pañales y lo reclinó en un pesebre, porque no encontraron sitio en la posada.



Explicación

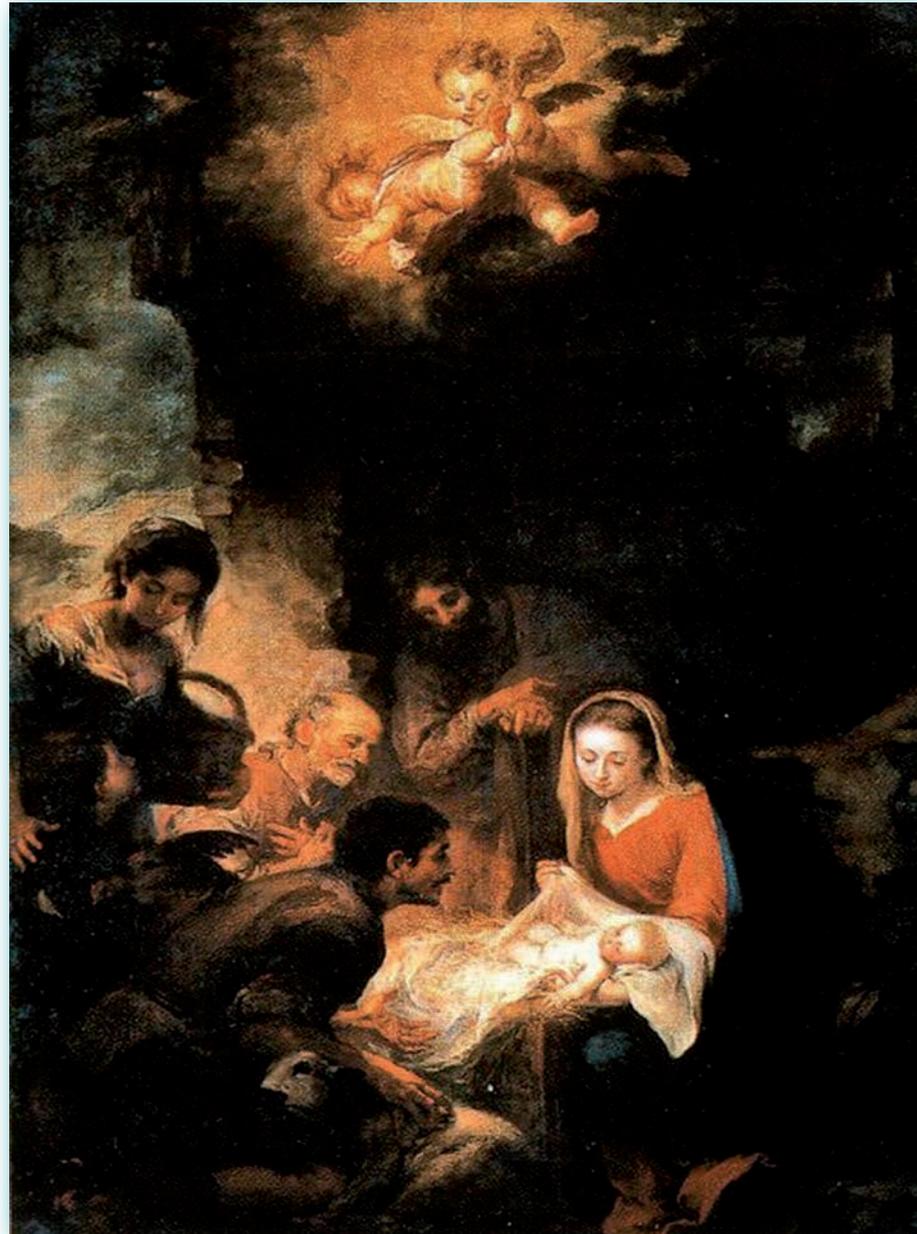
Unos angelitos, que sobrevuelan la estancia, son los únicos elementos divinos que iluminan la escena familiar, como si el pintor nos descubriera el interior del hogar.

El protagonista es el Niño que recibe una potente luz, dejando el fondo en total penumbra sobre el que destacan José y María con un porte elegante sin dejar de poseer realismo. José aparece trabajando sobre el banco de carpintero sin dejar de contemplar la escena de ternura que dispensa María a Jesús; a su espalda, superando el tenebrismo, se aprecian algunas herramientas del oficio. La labor de José es importante y, por ello, aquí se muestra como padre ideal, con rostro inteligente y paciente.

La escena se encuentra a medio camino entre lo religioso y lo popular. Una visión cotidiana que tiene como fondo el taller de un carpintero, en lo que parece conducirnos a pensar que estamos ante la familia de Nazaret.

La ternura en el cuidado de María, el gesto de protección de José y la placidez del sueño del Niño hacen de ella una obra humanamente divina en la que los tres participan de forma colectiva en un momento de afectividad compartida.

LA ADORACIÓN DE LOS PASTORES





La Adoración de los pastores.



Bartolomé Esteban Murillo.



Museo del Prado (Madrid).

Lucas 2,8-12.15-20

Había en la misma región unos pastores acampados al raso, guardando por turno sus rebaños. Se les presentó el ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió con su luz. Ellos se asustaron. El ángel les dijo: «No tengáis miedo, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo. En la ciudad de David hoy os ha nacido un salvador, el mesías, el Señor. Esto os servirá de señal: Encontraréis un niño envuelto en pañales acostado en un pesebre».

Cuando los ángeles los dejaron y se fueron al cielo, los pastores se decían unos a otros: «Vamos a Belén y veamos ese acontecimiento que el Señor nos ha anunciado». Fueron deprisa, y encontraron a María, a José y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, manifestaron lo que les habían dicho acerca del niño. Todos los que lo oían se admiraban de lo que decían los pastores. María, por su parte, guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Los pastores volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían visto y oído. Todo tal y como se les había dicho.



Explicación

La escena del cuadro representa el nacimiento de Jesús, tal como lo describe san Lucas. El niño, acompañado por José y María, recibe la adoración de unos pastores al poco de nacer. El conjunto se completa con unos ángeles que observan el acontecimiento.

La luz que se irradia desde el Niño, lo convierte en parte esencial de la escena. Esta misma luz sirve para acentuar el tono intimista de todo el conjunto.

La variedad de los personajes: viejos, calvos, niños, barbudos; es decir, todas las edades y sexos resaltan la llamada a toda la humanidad y el reconocimiento de la divinidad del recién nacido.

A María la viste de rojo para recordar su coparticipación en la pasión. El manto azul indica la esperanza del cielo.

A José lo representa avanzado en edad para resaltar la virginidad de María.

Otros símbolos son: el gallo, animal que canta a la salida del sol (Dios), y el cordero, como símbolo eucarístico.

LA ADORACIÓN DE LOS REYES MAGOS





La Adoración de los Reyes Magos.



Pedro Pablo Rubens.



Museo del Prado (Madrid).

Mateo 2,1-5.7-12

Jesús nació en Belén de Judea, en tiempo del rey Herodes. Unos magos de oriente se presentaron en Jerusalén preguntando: «¿Dónde está el que ha nacido, el rey de los judíos? Porque hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarlo». Al oír esto el rey Herodes, se inquietó, y con él toda Jerusalén; convocó a todos los sumos sacerdotes y a los maestros de la ley y les preguntó por el lugar de nacimiento del mesías. Ellos le contestaron: «En Belén de Judá».

Entonces Herodes llamó en secreto a los magos y se informó cuidadosamente de ellos sobre el tiempo en que había aparecido la estrella; luego los envió a Belén, y les dijo: «Id y averiguad todo lo que podáis sobre ese niño, y cuando lo encontréis, avisadme, para que vaya yo también a adorarlo». Ellos, después de oír al rey, se marcharon; y la estrella que habían visto en oriente iba delante de ellos, hasta que fue a posarse sobre el lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella experimentaron una grandísima alegría. Entraron en la casa y vieron al niño con María, su madre; se pusieron de rodillas y lo adoraron; abrieron sus tesoros y le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra. Luego regresaron a su país por otro camino, pues les habían dicho en sueños que no volvieran adonde estaba Herodes.



Explicación

El autor nos describe el acontecimiento en un atardecer iluminado por los reflejos de la luna y los destellos que irradia el niño y el resplandor de las antorchas.

A la izquierda, enmarcada en una arquitectura clasicista, aparece la Sagrada Familia, ante la que se inclinan reverentes los Magos llegados de Oriente, con todo el cortejo de soldados, criados y animales que los transportan. Dos angelitos sobrevuelan la escena.

El conjunto de los personajes forman un grupo aglomerado en un espacio reducido con gestos y posturas que ofrecen una imagen dinámica, llena de acción y movimiento.

Toda la obra sirve para ampliar la imagen sobre la figura histórica de Jesús como centro de la vida cristiana.

LA PRESENTACIÓN DE JESÚS EN EL TEMPLO Y LA PURIFICACIÓN DE MARÍA





La Presentación de Jesús en el templo y la Purificación de María.



Francisco de Goya.



Cartuja de *Aula Dei* (Zaragoza).

Lucas 2,22-28.36-38

Cuando se cumplieron los días de la purificación, según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para ofrecerlo al Señor, como está escrito en la ley del Señor: «Todo varón primogénito será consagrado al Señor», y para ofrecer el sacrificio según lo ordenado en la ley del Señor: un par de tórtolas o dos pichones. Había entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, justo y piadoso, que esperaba la liberación de Israel: El Espíritu Santo estaba en él, y le había anunciado que no moriría sin ver al mesías del Señor. Movidado por el Espíritu fue al templo, y, al entrar los padres con el niño Jesús para cumplir lo establecido por la ley acerca de él, lo recibió en sus brazos y bendijo a Dios.

Estaba también la profetisa Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad muy avanzada. Tenía ochenta y cuatro años. Estaba siempre en el templo, sirviendo a Dios noche y día con ayunos y oraciones. Se presentó en aquel mismo momento, y daba gloria a Dios hablando del niño a todos los que esperaban la liberación de Israel.



Explicación

La Presentación de Jesús en el templo se identifica también con la Purificación de María.

Goya sitúa el grupo en el centro. Destaca todo ello con un colorido vivo y claro en las vestiduras, creando un conjunto de gran belleza. Aumenta la iluminación haciendo irradiar luz del cuerpo del Niño, que es presentado por José y María al Sumo Sacerdote. Detrás de este aparece una anciana, con tocado blanco, que se identifica con una profetisa.

María, arrodillada en señal de respeto, extiende los brazos para entregar al niño Jesús al Sumo Sacerdote. Detrás, y como siempre en segundo plano, está san José, con manto amarillo.

Otros personajes, desde la penumbra del fondo, siguen con interés el desarrollo de la liturgia.

LA VIRGEN CON EL NIÑO





La Virgen con el Niño.



Bartolomé Esteban Murillo.



Museo del Prado (Madrid).

Lucas 2,39-40

Cuando cumplieron todas las cosas que mandaba la ley del Señor, regresaron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño crecía y se fortalecía, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba con él.



Explicación

Las dos figuras aparecen destacadas sobre el fondo oscuro y reciben una potente luz desde arriba, consiguiendo de esta manera centrar la mirada del espectador.

La serenidad de la Virgen, sentada en un banco, contrasta con la actitud de movimiento en el niño, que inicia un paso sobre la pierna de su madre. La Virgen trata de sujetar al niño con ambas manos.

Destacan las expresiones dirigiendo la mirada al espectador y la amabilidad en los gestos, la ternura y la afectividad.

Las tonalidades en las prendas aportan mayor elegancia a la composición, que se remata con la belleza de la Virgen, joven, en la plenitud de la vida.

El niño Jesús, apenas recubierto con un paño que sujeta María con la mano, al igual que su madre, dirige su mirada al frente.

Tanto el rostro de María, con su expresión tranquila, como el del niño dan una sensación de paz, acercamiento, afecto familiar y ternura materna.

LA HUIDA A EGIPTO





La huida a Egipto.



Bartolomé Esteban Murillo.



Museo del Hermitage (San Petersburgo).

Mateo 2,13-15

Tan pronto como se marcharon, un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo». Él se levantó, tomó al niño y a su madre de noche, se fue a Egipto y estuvo allí hasta la muerte de Herodes.



Explicación

Poco tiempo después del nacimiento de Jesús, la alegría de toda la familia se troca en dolor y angustia.

El artista representa a María, con el Niño en brazos, que cabalga cómodamente sobre un borrico, al que José conduce, a pie, cogido por el ronzal. San José aparece como un trabajador en plenitud de vida, con ademán enérgico y juvenil, con sombrero de ala ancha. Se trata de una huida en toda regla, con la preocupación, reflejada en el rostro de José, de ser alcanzados en cualquier momento por un grupo de soldados.

La sensación de movimiento está conseguida gracias a pequeños detalles, como las patas del asno, la mirada de José que parece mirar de reojo y la línea del camino hacia abajo, precipitada, que acentúa las orejas del asno manso y cansado.

Los tres personajes están ataviados con ropajes casi elegantes, pero cercanos a la gente sencilla.

La luz se centra en el Niño que, ajeno a la huida, duerme plácidamente en brazos de su madre. La escena transmite realismo, viveza y expresividad.

JESÚS DISPUTANDO CON LOS DOCTORES





Jesús disputando con los doctores.



Giovanni Paolo Panini.



Museo del Prado (Madrid).

Lucas 2,42-52

Cuando tuvo doce años, fueron a la fiesta, como era costumbre. Terminada la fiesta, emprendieron el regreso; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que sus padres se dieran cuenta. Creyendo que iba en la caravana, anduvieron una jornada, al cabo de la cual se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, volvieron a Jerusalén en busca suya. A los tres días lo encontraron en el templo sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles. Todos los que le oían estaban admirados de su inteligencia y de sus respuestas. Al verlo, se quedaron maravillados; y su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué has hecho esto? Tu padre y yo te hemos estado buscando muy angustiados». Les contestó: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo ocuparme en los asuntos de mi Padre?». Ellos no comprendieron lo que les decía. Regreso a Nazaret. Jesús fue con ellos a Nazaret, y les estaba sumiso. Su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres.



Explicación

La escena se presenta teatral. Llena de figuras y en un marco arquitectónico grandioso y palaciego. Los doctores, en diferentes posturas, aparecen vestidos de manera lujosa en el interior del templo. El artista muestra su facilidad en describir las expresiones de los rostros de los personajes que escuchan con atención, charlan entre ellos o están poseídos por el asombro.

Jesús, protagonista de la escena, se sitúa en la parte superior de una escalinata y refuerza su discurso con el gesto de la mano y la seguridad en la postura.

La composición la ajusta al esquema de agrupar las figuras principales en primer plano, como la del que está consultando las Escrituras. Es una forma de adecuar el contenido moral y de las Escrituras a la forma plástica, resaltando todo ello con gamas cromáticas sobre el fondo casi neutro, por donde aparecen las figuras de José y María a su llegada al templo en busca de su hijo.

EL BAUTISMO DE CRISTO





El bautismo de Cristo.



Guido Reni.



Kunsthistorisches Museum (Viena).

Marcos 1,9-11

Por aquellos días Jesús vino desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. En el momento en que salía del agua, vio los cielos abiertos y al Espíritu Santo como una paloma bajando sobre él, y se oyó una voz del cielo: «Tú eres mi hijo amado, mi predilecto».



Explicación

La sencillez compositiva intensifica y mejora la atmósfera espiritual que se desprende de las figuras de la escena.

El autor centra la atención en el momento en que Cristo es bautizado por su primo Juan el Bautista. Su brazo compone un arco hacia la cabeza de Jesús para bautizarle. Detrás de los personajes, dos ángeles guardan las ropas de Jesús y Juan. Mientras, sobre el fondo paisajístico, desciende el Espíritu Santo, entre las nubes, en forma de paloma.

La oscuridad de la vegetación hace destacar, sabiamente, el colorido de la brillante escena del primer plano aumentando la sensación de profundidad.

Este acontecimiento marcó el comienzo del ministerio de Jesús en el mundo.

En cierto sentido es la ordenación de Jesús y el comienzo de la vocación como Cristo.

LAS BODAS DE CANÁ





Las bodas de Caná.



Bartolomé Esteban Murillo.



The Barber Institute of Fine Arts (Birmingham).

Juan 2,1-11

Tres días después hubo una boda en Caná de Galilea, en la que estaba la madre de Jesús. Invitaron también a la boda a Jesús y a sus discípulos. Se terminó el vino, y la madre de Jesús le dijo: «No tienen vino». Jesús le contestó: «¿A ti y a mí qué, mujer? Mi hora todavía no ha llegado». Su madre dijo a los sirvientes: «Haced lo que él os diga». Había allí seis tinajas de piedra de unos cien litros cada una para los ritos de purificación de los judíos. Jesús les dijo: «Llenad de agua las tinajas». Y las llenaron hasta arriba. Añadió: «Sacad ahora y llevádselo al maestresala». Y se lo llevaron. Tan pronto como el maestresala probó el agua convertida en vino (sin saber de dónde era, aunque sí lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), llamó al novio y le dijo: «Todos sirven primero el vino mejor; y cuando se ha bebido en abundancia, el peor. Tú, en cambio, has guardado el vino mejor hasta ahora». Así, en Caná de Galilea, Jesús comenzó sus milagros, manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él.



Explicación

Sobre un fondo urbano algo desdibujado por la cantidad de personajes que asisten a la fiesta, aparece una mesa ricamente dispuesta con suculentos alimentos y postres. Destaca el lujo de los personajes, más de 20, con la sencillez en la vestimenta de Jesús. Los novios, en el centro, presiden la composición. La luz que inunda a los novios alcanza a los cántaros del primer plano, en los que se va a efectuar el milagro.

Fuertemente iluminados presiden la composición los novios. La fiesta profana va a servir para destacar aún más el primer milagro de Jesús, que aparece al lado izquierdo en el momento de realizar el milagro y acompañado por María. Los sirvientes se disponen a echar el agua en las tinajas mientras el maestresala está atento a los comensales.

LA VUELTA DEL HIJO PRÓDIGO.





La vuelta del hijo pródigo.



El Guercino.



Kunsthistorisches Museum (Viena).

Lucas 15,11-20

Un hombre tenía dos hijos. Y el menor dijo a su padre: «Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde». Y el padre les repartió la herencia. A los pocos días el hijo menor reunió todo lo suyo, se fue a un país lejano y allí gastó toda su fortuna llevando una mala vida. Cuando se lo había gastado todo, sobrevino una gran hambre en aquella comarca y comenzó a padecer necesidad. Se fue a servir a casa de un hombre del país, que le mandó a sus tierras a guardar cerdos. Tenía ganas de llenar su estómago con las algarrobas que comían los cerdos, y nadie se las daba. Entonces, reflexionando, dijo: «¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra, y yo aquí me muero de hambre! Volveré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo: tenme como a uno de tus jornaleros». Se puso en camino y fue a casa de su padre. Cuando aún estaba lejos, su padre lo vio y, conmovido, fue corriendo, se echó al cuello de su hijo y lo cubrió de besos.



Explicación

Es una obra en la que es crucial el lenguaje de los gestos, poder concentrar los acontecimientos y los sentimientos en los personajes que expresan con manos y rostros lo que no pueden decir con palabras. Igualmente es importante el manejo de la luz que como un potente foco por la izquierda provoca grandes áreas contrastadas porque la historia que se quiere contar es larga y llena de episodios singulares.

El padre, ejemplo de desinterés y amor, presta toda su ayuda amorosa al hijo recién regresado y lo conduce hacia su hermano. El pródigo que se desprende de sus harapos, que aparece con el rostro tapado por la sombra de la humildad, recibe la misericordia del padre. En esta sucesión de gestos quedan plasmados el pecado, el arrepentimiento y el perdón. Su hermano, ricamente vestido, parece iniciar movimientos opuestos al padre. Parece no aceptar el regreso de su hermano. Queda evidente que en los dos hermanos se muestra a la humanidad entera: uno que representa a los que se apartan de la voluntad del padre y el otro, a los que la aceptan, pero ambos son merecedores de la herencia paterna.

JESÚS EN CASA DE MARTA Y MARÍA





Jesús en casa de Marta y María.



Gerard Segghers.



Museo del Prado (Madrid).

Lucas 10,38-42

Camino adelante, llegó Jesús a una aldea; y una mujer, de nombre Marta, lo recibió en su casa. Marta tenía una hermana llamada María, la cual, sentada a los pies del Señor, escuchaba sus palabras. Marta, que andaba afanosa en los muchos quehaceres, se paró y dijo: «Señor, ¿te parece bien que mi hermana me deje sola con las faenas? Dile que me ayude». El Señor le contestó: «Marta, Marta, tú te preocupas y te apuras por muchas cosas, y sólo es necesaria una. María ha escogido la parte mejor, y nadie se la quitará».



Explicación

El cuadro representa una escena cotidiana de acogida a un invitado. El lugar es una pequeña estancia en penumbra, tratada con recogimiento casi conventual.

A la derecha aparecen alimentos que denotan que ha sido invitado a comer. El artista coloca a Jesús en el centro de la escena como mediador entre dos opciones: la que se afana en los quehaceres de la casa y la que aprovecha para aprender del Maestro.

A Marta la sitúa medio en penumbra y a María bañada de luz. Marta, que aparece señalando a su hermana, interroga a Jesús por qué no exige a su hermana que le ayude. María escucha, sentada, atentamente a Cristo. Las tres personas quedan perfectamente relacionadas con las miradas y los gestos. Y aunque resalta lo espiritual por encima de las cosas materiales, a la vez, el hecho religioso aparece inmerso en el mundo cotidiano.

JESÚS Y EL CENTURIÓN





Jesús y el centurión.



Pablo Veronés.



Museo del Prado (Madrid).

Mateo 8,5-13

Al entrar Jesús en Cafarnaún, se le acercó un oficial suplicándole: «Señor, mi criado está paralítico en casa con unos dolores terribles». Jesús le dijo: «Yo iré a curarlo». El oficial respondió: «Señor, no soy digno de que entres en mi casa; dilo sólo de palabra, y mi criado quedará curado. Porque yo, que soy un hombre sujeto al mando, tengo bajo mis órdenes soldados, y digo a este: “Vete”, y va; y a otro: “Ven”, y viene; y a mi criado: “Haz esto”, y lo hace». Jesús, al oírlo, quedó admirado y dijo a los que lo seguían: «Os aseguro que en Israel no he encontrado a nadie con una fe como esta. Muchos del oriente y del occidente vendrán y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de Dios, pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas de fuera: allí será el llanto y el crujir de dientes». Y Jesús dijo al oficial: «Anda, y que suceda como has creído». Y en aquella misma hora el criado se curó.



Explicación

El autor sitúa el acontecimiento en una escenografía arquitectónica rica y suntuosa muy relacionada con el entorno veneciano conocido por él. Quiere expresarlo con un lenguaje teatral: suntuosidad en el color, ricos ropajes, adornos y armas, actitudes y gestos de los personajes.

Quedan bien definidos dos grupos: el que acompaña a Jesús y, a la derecha, el grupo del centurión que se postra a los pies de Jesús para hacer su petición. Este queda situado en el centro de atención del espectador, para dar mayor fuerza al ejemplo de fe al que hace alusión Jesús.

El fondo que cierra la escena y las figuras de atrás están diluidas por la luz, para dar más sensación de profundidad.

El Maestro, que parece interrumpir su marcha, presta atención, muestra una leve inclinación a la escucha en ademán de cercanía y hasta cierta ternura.

Todos reflejan claramente su estado de ánimo: desesperación en el centurión y tranquilidad en el gesto de Jesús.

La luz del atardecer le da un tono más homogéneo a todos menos a Jesús, que lo destaca con un manto negro.

JESÚS EN LA SINAGOGA DE NAZARET





Jesús en la sinagoga de Nazaret.



Gerbrand van den Eeckhout.



National Gallery (Dublin).

Lucas 4, 14-22

Jesús, impulsado por el Espíritu, regresó a Galilea, y su fama se extendió por toda la comarca. Enseñaba en las sinagogas y todos lo alababan. Llegó a Nazaret, donde se había criado. El sábado entró, según su costumbre, en la sinagoga y se levantó a leer. Le entregaron el libro del profeta Isaías, desenrolló el volumen y encontró el pasaje en el que está escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a llevar la buena nueva a los pobres, a anunciar la libertad a los presos, a dar la vista a los ciegos, a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor». Enrolló el libro, se lo dio al ayudante de la sinagoga y se sentó; todos tenían sus ojos clavados en él; y él comenzó a decirles: «Hoy se cumple ante vosotros esta Escritura». Todos daban su aprobación y, admirados de las palabras tan hermosas que salían de su boca, decían: «¿No es este el hijo de José?».



Explicación

Este es el momento elegido por el artista para nuestra contemplación: Cristo, sentado en el lugar especial de la sinagoga, aparece nimbado de luz, iluminado porque «El Espíritu del Señor que está sobre él».

El hecho ocurrido en el principio de la vida pública de Jesús, podríamos decir que es su presentación en sociedad y Jesús no quiere perder la oportunidad de dar a conocer el mensaje de salvación que está por llegar.

Mientras señala al más anciano, elegantemente vestido para la ceremonia, las demás personas parecen estar admiradas e interrogándose: «¿No es este el hijo de José?». Otros están hojeando el libro de las Escrituras.

Toda la obra muestra una disposición equilibrada y estética en el colorido y la disposición de la luz, creando claroscuros que destacan las figuras y los elementos arquitectónicos.

EL TRIBUTO DE LA MONEDA





El tributo de la moneda.



Tiziano.



Gemäldegalerie Alte Meister (Dresde, Alemania).

Marcos 12,13-17

Le enviaron entonces algunos fariseos y herodianos para cazarlo en alguna palabra. Llegaron y le dijeron: «Maestro, sabemos que eres sincero y que no te importa nada el qué dirán, porque no tienes respetos humanos y enseñas de verdad el camino de Dios. ¿Es lícito pagar el impuesto al César o no? ¿Lo debemos dar o no?». Jesús, conociendo su hipocresía, les dijo: «¿Por qué me tentáis? Traedme una moneda, que la vea». Se la llevaron, y les dijo: «¿De quién es esta efigie y esta inscripción?». Respondieron: «Del César». Él les dijo: «Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Y quedaron admirados ante esa respuesta.



Explicación

La obra describe con claridad y sencillez el episodio del texto. Las manos de los dos concentran la atención del observador hacia el denario. Las miradas de los dos personajes se entrecruzan poniendo de manifiesto la tensión del momento. La luminosidad de ambos rostros destaca sobre el fondo oscuro. Este diálogo queda muy marcado por el juego de contrastes en la composición y en el color. Como curiosidad podemos comentar que este cuadro se hizo para el duque de Ferrara, Alfonso d'Este. Precisamente en las monedas de oro de este duque figuraba la leyenda: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios».

EXPULSIÓN DE LOS MERCADERES DEL TEMPLO

VIDA PÚBLICA
DE JESÚS





Expulsión de los mercaderes del templo.



El Greco.



Colección particular.

Mateo 21,10-17

Al entrar él en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió; decían: «¿Quién es este?». Y la gente respondía: «Este es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea». Expulsa del templo a los mercaderes. Jesús entró en el templo y echó a todos los que estaban allí vendiendo y comprando. Volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de palomas, y les dijo: «Está escrito: Mi casa es casa de oración; pero vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones». Se llegaron a él en el templo ciegos y cojos, y los curó. Pero los sumos sacerdotes y los maestros de la ley, al ver las maravillas que hacía y a los niños que gritaban en el templo «¡Viva el hijo de David!», se indignaron y le dijeron: «¿Oyes lo que estos dicen?». Jesús les contestó: «Sí. ¿Nunca habéis leído: De la boca de los pequeños y de los niños de pecho te procuraste alabanzas?». Y dejándoles, salió de la ciudad, se fue a Betania y allí pasó la noche.



Explicación

El pintor, aunque mantiene un esquema compositivo propio: color, luz, figuras alargadas, muestra algunas e interesantes variaciones. El observador ve cómo los personajes se le acercan; los dos ancianos de la derecha se suman al movimiento equilibrando así la distribución de las figuras. Cristo aparece en el centro, quedando iluminado por una potente luz. Delante de Cristo las figuras aparecen en movimiento, tanto los mercaderes como los discípulos que se mantienen detrás del Maestro. La arquitectura le confiere el marco que hace referencia al templo. Junto al arco de medio punto aparecen relieves que recuerdan la condena y la redención de la humanidad por medio de dos hechos: la expulsión del paraíso y el sacrificio de Isaac.

Todo el movimiento que refleja, la serenidad del Salvador, la majestad y la espiritualidad que lo envuelve quieren manifestar que las cosas han de cambiar, empezando por el culto a Dios; se ha perdido el sentido del culto, la relación del hijo con el Padre. Es un deseo profundo de purificar el templo santo de Dios, lo más sagrado para un israelita creyente.

ENTREGA DE LAS LLAVES A SAN PEDRO





Entrega de las llaves a san Pedro.



Vincenzo di Biagio Catena.



Museo del Prado (Madrid).

Juan 21,15-17

Después de comer, Jesús dijo a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?». Pedro le contestó: «Sí, Señor, tú sabes que te amo». Jesús le dijo: «¡Apacienta mis corderos!». Por segunda vez le preguntó: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Él le respondió: «Sí, Señor, tú sabes que te amo». Jesús le dijo: «¡Apacienta mis ovejas!». Por tercera vez le preguntó: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Pedro se entristeció porque le había preguntado por tercera vez si lo amaba, y le respondió: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo». Jesús le dijo: «¡Apacienta mis ovejas!».



Explicación

Vincenzo recurre a los métodos pictóricos de la pureza de líneas y volúmenes geométricos como forma de plasmar la realidad dentro del espacio.

El aposento está perfectamente diseñado y calculado según los cánones clásicos.

La luz, blanca, es tan homogénea como irreal, es decir ilumina por igual a todos los personajes. Las sombras son suaves y sin contrastes. Los rostros están idealizados. San Pedro calvo y cano tiene una piel tersa, y destaca el clasicismo de las vestimentas. Toda la escena se presenta en un ambiente pacífico, delicado y completado por la elegante combinación de colores.

La alegoría de las llaves, puesto que ningún pasaje bíblico recoge esta acción, es una forma de explicar la misión de Pedro en la tierra y en el cielo. La entrega la realiza Jesús ante la presencia de tres virtudes.

CRISTO Y LA MUJER ADÚLTERA





Cristo y la mujer adúltera.



Anton van Dyck.



Hospital madrileño de la Orden Tercera franciscana (Madrid).

Juan 8,3-11

Los maestros de la ley y los fariseos le llevaron una mujer sorprendida en adulterio, la pusieron en medio y le dijeron: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. En la ley, Moisés mandó apedrear a estas mujeres. Tú, ¿qué dices?». Decían esto para probarlo y tener de qué acusarlo. Pero Jesús, agachándose, se puso a escribir con el dedo en el suelo. Como insistían en la pregunta, se alzó y les dijo: «El que de vosotros no tenga pecado que tire la primera piedra». Y, agachándose otra vez, continuó escribiendo en el suelo. Al oír estas palabras, se fueron uno tras otro, comenzando por los más ancianos, y se quedó Jesús solo, con la mujer allí en medio. Entonces Jesús se alzó y le dijo: «Mujer, ¿dónde están? ¿Ninguno te ha condenado?». Y ella contestó: «Ninguno, Señor». Jesús le dijo: «Tampoco yo te condeno. Vete, y no peques más».



Explicación

Un grupo de escribas y fariseos intentan cuestionar las enseñanzas de Jesús y para ello le presentan un caso de adulterio. Jesús, con actitud serena pero enérgica en la postura, se enfrenta a los acusadores que tratan de condenar, criticar y denunciar la conducta de otros, no la suya.

El brazo extendido y la mano abierta hacia la mujer invitan al acercamiento y la acogida. La actitud tolerante transmite misericordia y bondad. Este gesto es el centro de atención que el artista quiere destacar irradiando luz, que se desvanece en los personajes de alrededor que andan entre sombras de intolerancia.

Así el artista hace con la composición una lección pedagógica: El mensaje de Jesús está hecho de palabras y de hechos. Jesús hablaba de misericordia y de compasión, por eso además de palabras hizo muchos gestos a fin de que entendiéramos mejor.

La mujer en el centro y con las manos atadas, en actitud humilde, espera en silencio la respuesta.

La elegancia y la espiritualidad de los gestos, la caracterización del ánimo, el color y el equilibrio compositivo y la estructuración del espacio ponen en evidencia el refinado lenguaje pictórico del artista.

LA SANTA CENA





La Santa Cena.



Juan de Juanes.



Museo del Prado (Madrid).

Mateo 26,19-29

Ellos hicieron lo que Jesús les ordenó, y prepararon la cena de la pascua. Al atardecer, se puso a la mesa con los doce. Y, mientras comían, les dijo: «Os aseguro que uno de vosotros me entregará». Muy entristecidos, comenzaron a decirle uno por uno: «¿Soy yo, Señor?». Él respondió: «El que mete la mano conmigo en el plato, ese me entregará. El hijo del hombre se va, según está escrito de él; pero ¡ay de aquel por quien el hijo del hombre es entregado! ¡Mejor le fuera no haber nacido!». Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar: «¿Soy yo acaso, maestro?». Jesús le respondió: «Tú lo has dicho». Durante la cena Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: «Tomad y comed. Esto es mi cuerpo». Después tomó un cáliz, dio gracias y se lo dio, diciendo: «Bebed todos de él, porque esta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza, que será derramada por todos para remisión de los pecados. Os digo que ya no beberé más de este fruto de la vid hasta el día en que beba con vosotros un vino nuevo en el reino de mi Padre».



Explicación

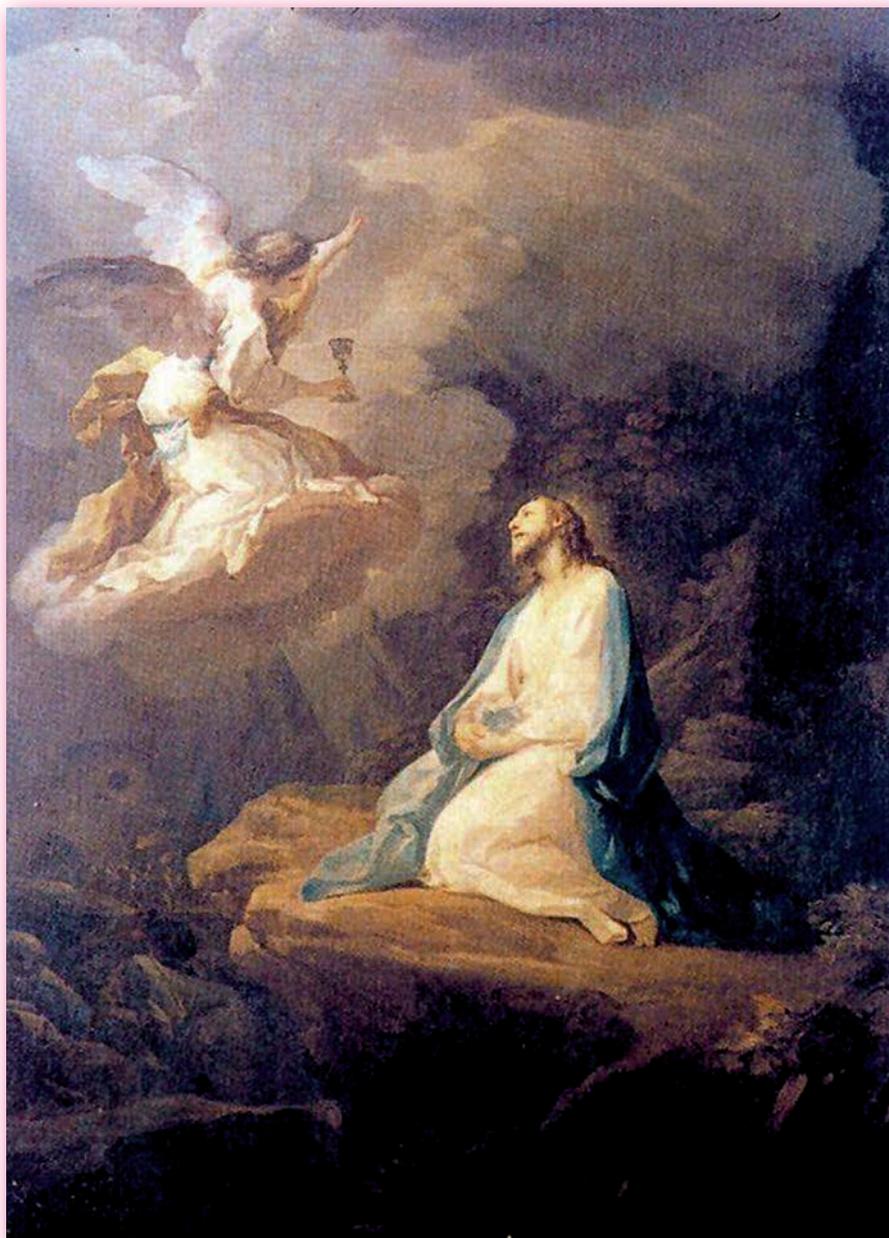
Para el tratamiento del espacio coloca en primer plano unos objetos, luego dos figuras de espaldas, la mesa, el grupo de comensales detrás y por fin un arco en el fondo que además sirve para enmarcar el rostro de Jesús, dar perspectiva y profundidad.

La escena hace referencia al momento más importante y sublime de la celebración de la pascua y que ha sido fuente de inspiración para grandes genios de la pintura. El artista sitúa a los personajes en una disposición equilibrada: cinco a cada lado y los de espaldas al espectador y a Jesús, figura central, ostentando sobre su mano derecha una hostia, mientras la izquierda la reposa sobre su pecho. La mirada parece dirigirse al espectador y su boca, entreabierta, parece pronunciar palabras.

Cuida con mimo los detalles, los gestos, la expresión de los rostros y dispone artísticamente de los colores y de la disposición de los objetos, elementos eucarísticos: los panes, los peces, el cáliz y la patena. Recordando el lavatorio de los pies, puso en primer plano la jarra y la palangana. Todo el conjunto parece dispuesto para transmitir paz espiritual, serenidad, calma y sentimientos de fraternidad dentro de la comunidad.

Destaca la expresividad de las manos: unas se levantan en señal de admiración, otras se cruzan sobre el pecho, señalan a Jesús o se juntan con devoción pareciendo implorar. Con los rostros manifiesta la presencia de varias edades: jóvenes, de mediana edad y ancianos como Pedro y Andrés. Los nombres de todos ellos aparecen en su aureola, a excepción del de Judas, que lo puso en el taburete, mostrando nerviosismo y con la bolsa del dinero en la mano.

LA ORACIÓN DEL HUERTO





La oración del huerto.



Corrado Giaquinto.



Museo del Prado (Madrid).

Lucas 22,39-47

Salió y fue, según su costumbre, al monte de los Olivos. Sus discípulos lo acompañaban. Cuando llegó al lugar, les dijo: «Orad para no caer en la tentación». Él se apartó de ellos como un tiro de piedra, se arrodilló y se puso a orar, diciendo: «Padre, si quieres, aleja de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya». Y se le apareció un ángel del cielo reconfortándolo. Entró en agonía, y oraba más intensamente; sudaba como gotas de sangre, que corrían por el suelo. Se levantó de la oración, fue a sus discípulos y los encontró dormidos por la tristeza. Y les dijo: «¿Por qué dormís? Levantaos y orad para que no caigáis en la tentación». Aún estaba hablando, cuando apareció un gran tropel de gente encabezado por el llamado Judas, uno de los doce, el cual se acercó a Jesús para besarle.



Explicación

En primer plano aparecen Cristo y el ángel y debajo de la roca los apóstoles dormidos, mientras en la lejanía se divisa el tropel de gente y los soldados con antorchas.

Toda la composición, con sus recursos técnicos y expresivos, queda enmarcada en un ambiente dramático a pesar de estar localizada en un lugar exterior. Debido a que la escena tiene una especial significación religiosa, el artista tiende a potenciar y estimular los sentimientos sin importarle el ambiente irreal.

La figura de Cristo, en oración, resume la desolación y la tristeza del momento. La presencia del ángel, que le reconforta y señala a lo alto, lo inunda de la luz de Dios. Resalta la figura de Jesús por la túnica blanca y el manto azul. El resto del espacio queda envuelto en la penumbra de la noche.

Jesús preparó su terrible pasión y su dolorosísima muerte en la oración de Getsemaní. Parece decir el artista que, ante el dolor, la oración es un medio imprescindible.

EL PRENDIMIENTO





El prendimiento.



Anton van Dyck.



Museo del Prado (Madrid).

Mateo 26,48-56

El traidor les había dado esta señal: «Al que yo bese, ése es; prendedle». Se acercó a Jesús y le saludó: «¡Hola, maestro!», y lo besó. Jesús le dijo: «Amigo, ¡a lo que vienes!». Entonces se acercaron a Jesús, le echaron mano y lo prendieron. Uno de los que estaban con Jesús sacó la espada, dio un golpe al criado del sumo sacerdote y le cortó una oreja. Jesús le dijo: «Vuelve la espada a su sitio, que todos los que manejan espada a espada morirán. ¿O crees que no puedo pedir ayuda a mi Padre, que me mandaría ahora mismo más de doce legiones de ángeles? Pero, ¿cómo se cumplirían entonces las Escrituras, según las cuales tiene que suceder así?». Jesús dijo a aquel tropel de gente: «¡Habéis venido a prenderme como a un ladrón, con espadas y palos! Todos los días enseñaba sentado en el templo y no me prendisteis. Pero todo esto sucede para que se cumpla lo que escribieron los profetas». Entonces todos los discípulos lo abandonaron y huyeron.

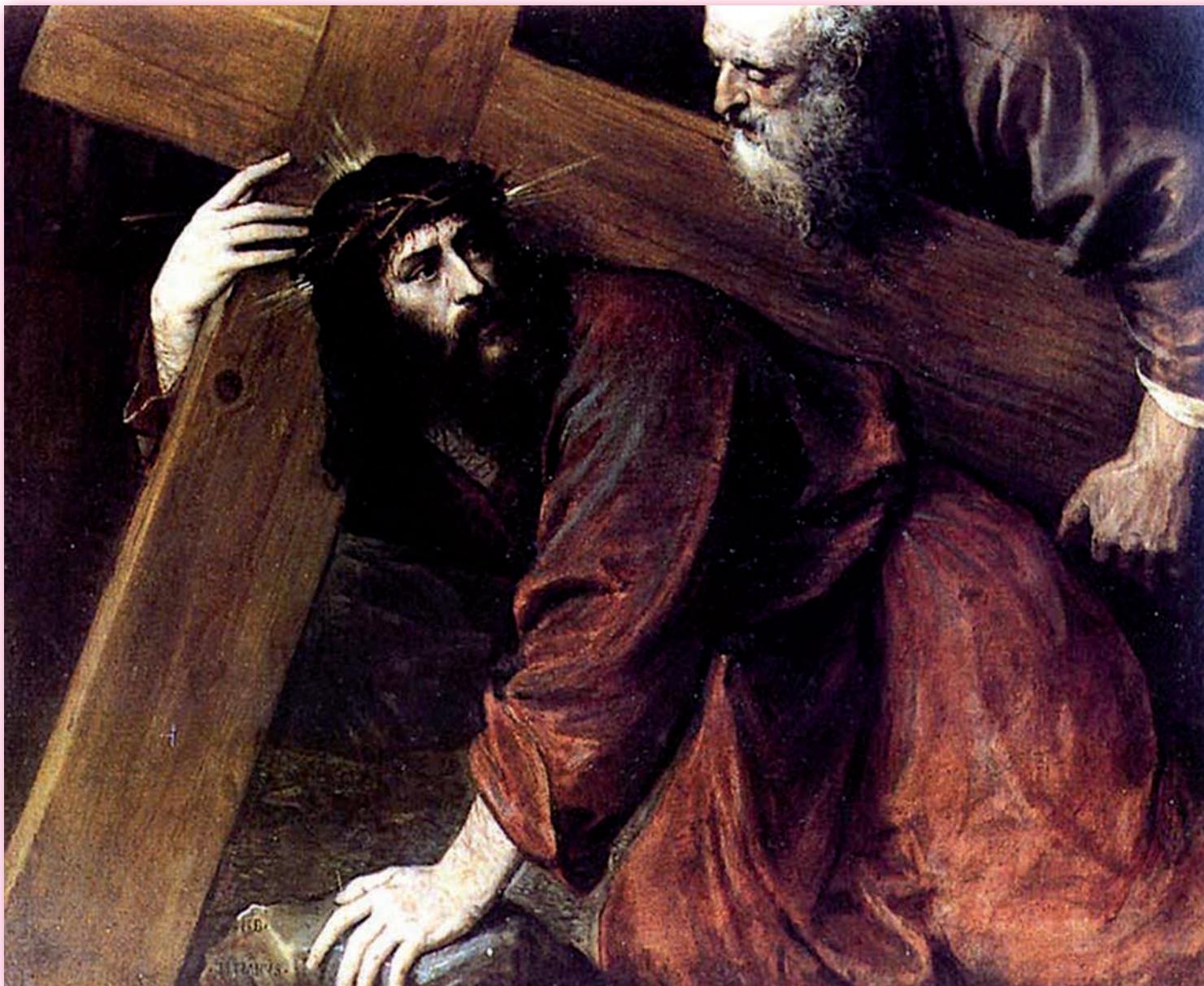


Explicación

Van Dyck recoge en su obra el momento en el que Judas besa a Jesús. Detrás de Judas, aparece el tropel de gente y de soldados que, en violento movimiento, se abalanza sobre Cristo para prenderle. La tensión se refleja en los personajes. En la parte baja del cuadro, y en primer plano, san Pedro, respondiendo a la violencia del momento, saca su espada para cortar la oreja del centurión Malco. Toda la violencia, confusión y dramatismo que se representa en la escena contrasta con la serenidad del rostro de Jesús, del que emana espiritualidad y, a la vez, compasión en la mirada que dirige a Judas.

La luz de la antorcha es la que provoca los contrastes, confiriendo dramatismo al suceso, rompiendo la oscuridad en la que queda sumido el resto del huerto y, además, destaca la brillantez del colorido.

JESÚS Y EL CIRINEO





Jesús y el Cirineo.



Tiziano.



Museo del Prado (Madrid).

Marcos 15,21

Pasaba por allí un tal Simón de Cirene, que venía del campo, padre de Alejandro y de Rufo, y le obligaron a llevar la cruz de Jesús.



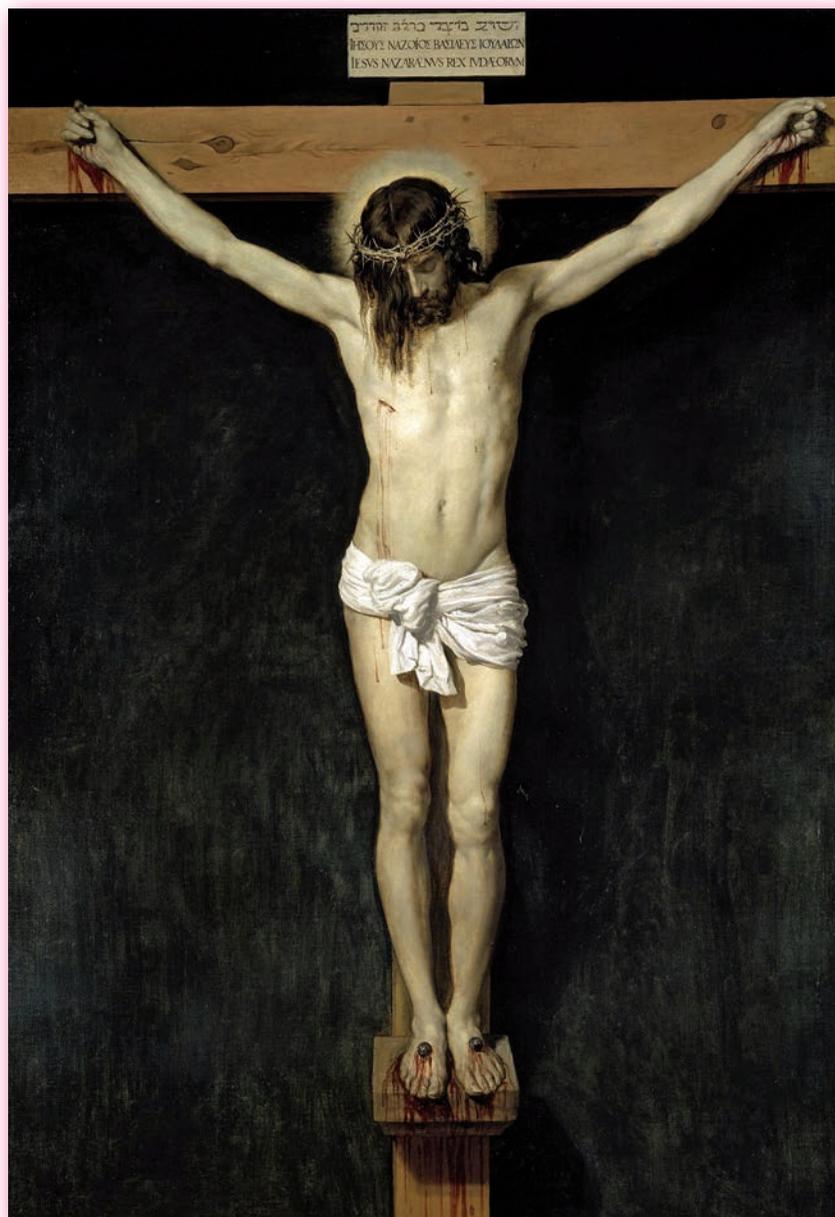
Explicación

Una de las escenas que Tiziano dedicó a la decoración del monasterio de El Escorial es esta de «Jesús y el Cirineo». A Simón de Cirene nos lo presenta el evangelio con mucha precisión: nombre, de dónde es, parentela, actividad. Sabemos dónde está, en qué tiempo vive y cómo en un momento dado es obligado a ayudar a llevar una cruz que no es suya.

La escena representa el momento en el que Simón de Cirene ayuda a Jesús a levantarse de la caída por el peso de la cruz y evitar el aplastamiento de Cristo. Jesús está rodilla en tierra y apoyado con la mano sobre una gran piedra o roca.

La genialidad con que el artista describe el diálogo entre las miradas es el valor principal de la escena. Concurren en la obra, al menos, dos elementos a destacar: por una parte el interés por evidenciar la actitud que comporta cierto grado de dinamismo, ya que parece iniciar el movimiento al apoyarse la mano y dirigir la mirada a Simón; y por otra, el interés por los detalles: resaltar las dos figuras ocupando toda la superficie y sobre el fondo neutro con la luz dorada para dar más tensión y dramatismo.

CRISTO CRUCIFICADO





Cristo crucificado.



Diego Velázquez.



Museo del Prado (Madrid).

Juan 19,17-20

Jesús quedó en manos de los judíos y, cargado con la cruz, salió hacia el lugar llamado «la calavera», en hebreo «Gólgota», donde lo crucificaron. Con él crucificaron a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio. Pilato, por su parte, escribió y puso sobre la cruz este rótulo: «Jesús Nazareno, el rey de los judíos». Muchos judíos leyeron la inscripción, porque donde Jesús fue crucificado era un sitio cercano a la ciudad; y estaba escrito en hebreo, en latín y en griego.



Explicación

Velázquez nos deja esta maravillosa obra en la que nos muestra una elegante figura de Cristo. Con el color crea un cuerpo iluminado, recortándolo sobre el fondo oscuro. La cabeza inclinada sobre el pecho y algo ladeada; la cara, en parte oculta por un mechón de cabello, transmite serenidad. Lo pintó sujeto con cuatro clavos, como era costumbre en la época, y los pies apoyados en un travesaño para evitar que el peso del cuerpo desgarrara las manos.

Un paño de pureza evita la desnudez completa. Quita dramatismo al no abundar la sangre en el cuerpo, la del costado apenas sugerida, y que en gran parte aparece en la madera. Pone un aro divino de resplandor en la cabeza. Así consigue reflejar la doble naturaleza divina y humana de Cristo. Un prodigio de majestad, serenidad y humanidad que ha servido de inspiración a las obras poéticas religiosas más bellas del siglo XX.

LA PIEDAD





La Piedad.



Anton van Dyck.



Museo del Prado (Madrid).

Juan 19,25-27

Estaban en pie junto a la cruz de Jesús su madre, María de Cleofás, hermana de su madre, y María Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo preferido, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquel momento el discípulo se la llevó con él.



Explicación

Los ojos enrojecidos de María, reprimiendo su enorme dolor, dirigen su mirada hacia el cielo. La Magdalena se inclina para besar la mano de Cristo mientras el discípulo amado, algo oculto en la penumbra, contempla la escena.

Toda la composición se organiza en torno al bello y musculoso cuerpo de Jesús inerte, pálido y sin vida, con la lividez azulada de la muerte.

El cuerpo descoyuntado de Jesús, enmarcado por la blanca sábana en la que reposa, recibe la fuerte luz que lo ilumina y el brazo derecho colgando inerte le da un aspecto conmovedor que concentra la atención del espectador.

La fuerte atmósfera de intenso dolor y gran religiosidad sugieren una profunda meditación sobre la naturaleza del sacrificio de Jesús.

EL ENTIERRO DE CRISTO





El entierro de Cristo.



Caravaggio.



Museo Vaticano (Roma).

Mateo 27,57-61

Al caer la tarde, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que era también discípulo de Jesús. Se presentó a Pilato, le pidió el cuerpo de Jesús, y Pilato mandó que se lo dieran. José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo depositó en su propio sepulcro nuevo, que había hecho excavar en la roca. Hizo rodar una losa grande para cerrar la puerta del sepulcro y se fue. Estaban allí María Magdalena y la otra María, sentadas frente al sepulcro.



Explicación

La escena que se contempla es curiosa y a la vez dramática, con una tensión espectacular que se aprecia en los rostros y gestos de sufrimiento. María de Cleofás con los brazos extendidos clamando al cielo. María Magdalena con la mano en la cabeza y tras ella María, la madre de Jesús.

Nicodemo, san Juan y el cuerpo de Jesús, situados en primer plano, provocan un aumento de la tensión e introducen en la escena al espectador. El espectador se coloca en el mismo plano donde Cristo va a ser enterrado.

San Juan está sosteniendo el torso y Nicodemo, las piernas de Jesús.

Cristo aparece con una complexión musculosa propia de un jornalero. Parece que el artista quiere darnos una lección al contraponer a Nicodemo, rico, frente a Jesús, el defensor de los pobres; Nicodemo, algo jorobado y desproporcionado, y Caravaggio no cometía errores, frente a la digna figura de Jesús. Contrapone lo divino con lo terrenal.

Utiliza la luz de manera magistral contrastando la iluminación brillante con la oscuridad sepulcral. Esta técnica permite al pintor aumentar el efecto de la presencia física de los personajes.

LA RESURRECCIÓN.





La Resurrección.



Juan Bautista Maino.



Museo del Prado (Madrid).

Juan 20,1-11

El primer día de la semana, al rayar el alba, antes de salir el sol, María Magdalena fue al sepulcro y vio la piedra quitada. Entonces fue corriendo a decírselo a Simón Pedro y al otro discípulo preferido de Jesús; les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto». Pedro y el otro discípulo salieron corriendo hacia el sepulcro los dos juntos. El otro discípulo corrió más que Pedro, y llegó antes al sepulcro; se asomó y vio los lienzos por el suelo, pero no entró. En seguida llegó Simón Pedro, entró en el sepulcro y vio los lienzos por el suelo; el sudario con que le habían envuelto la cabeza no estaba en el suelo con los lienzos, sino doblado en un lugar aparte. Entonces entró el otro discípulo que había llegado antes al sepulcro, vio y creyó; pues no había entendido aún la Escritura según la cual Jesús tenía que resucitar de entre los muertos. Los discípulos se volvieron a su casa.

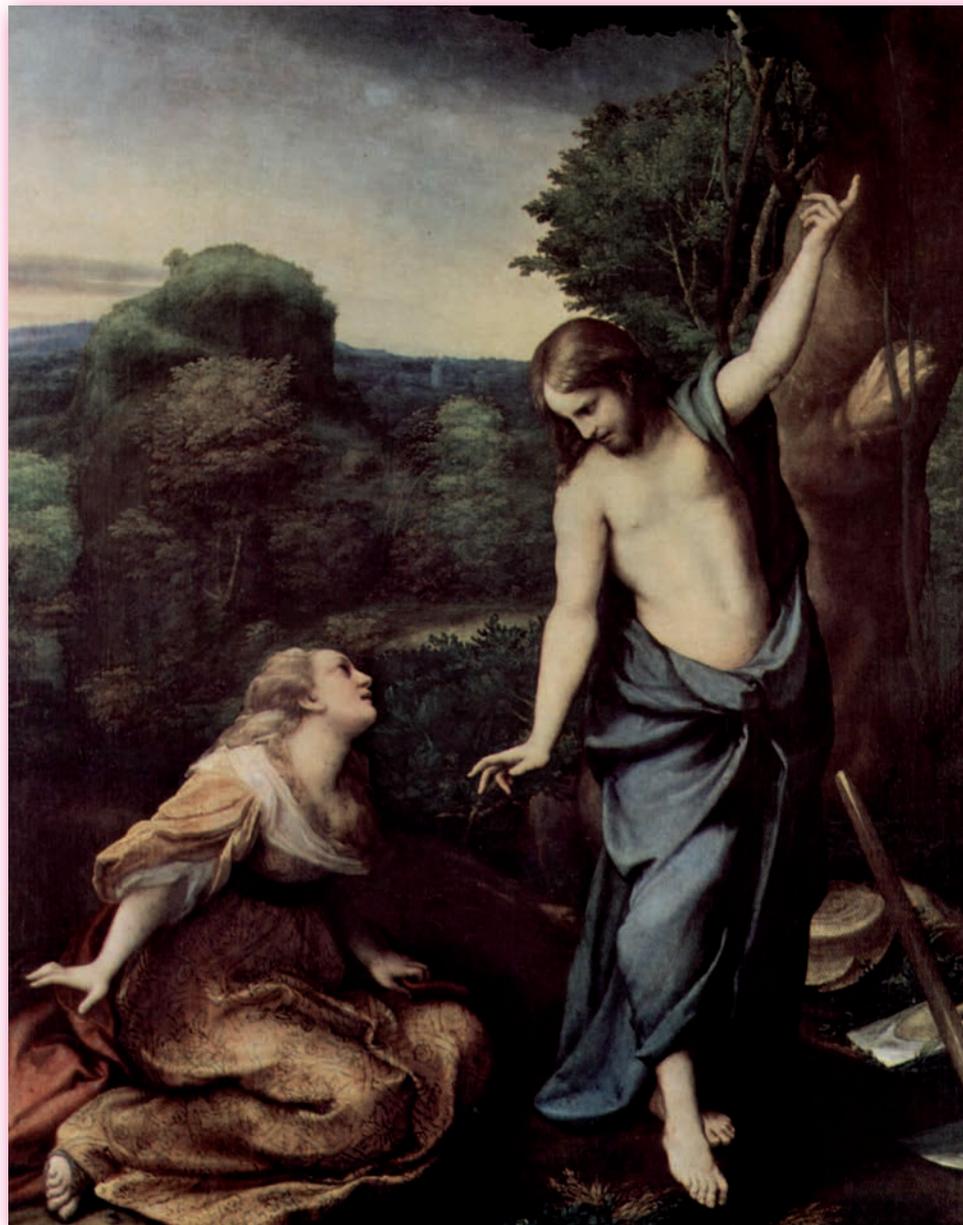


Explicación

La composición representa uno de los episodios más importantes para el cristiano. Jesús resucitado ocupa la parte central y más importante del cuadro. Elevado sobre la tumba y apoyado en una nube, se alza majestuoso y rodeado de un halo de luz. Manifiesta serenidad y equilibrio, señalando con su mano derecha el sentido de su movimiento, mientras en la otra ostenta una bandera con el signo de la cruz, por la cual se ha establecido la nueva Alianza.

Cuatro personas flanquean a Cristo resucitado. Dos de ellas están ataviadas como soldados, con brillantes armaduras, y uno de ellos observa la escena con tal sorpresa que sugiere el gesto de sacar la espada; los otros dos personajes, sumidos en un profundo sueño, parecen personas del pueblo.

NOLI ME TANGERE.





Noli me tangere.



Antonio Allegri da Correggio.



Museo del Prado (Madrid).

Juan 20,11-18

María se quedó fuera, junto al sepulcro, llorando. Sin dejar de llorar, se asomó al sepulcro y vio a dos ángeles con vestiduras blancas, sentados uno a la cabecera y otro a los pies, donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. Ellos le dijeron: «Mujer, ¿por qué lloras?». Contestó: «Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto». Al decir esto, se volvió hacia atrás y vio a Jesús allí de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dijo: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?». Ella, creyendo que era el hortelano, le dijo: «Señor, si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto, y yo iré a recogerlo». Jesús le dijo: «¡María!». Ella se volvió y exclamó en hebreo: «¡Rabbuní!» (es decir, «¡Maestro!»). Jesús le dijo: «Suéltame, que aún no he subido al Padre; anda y di a mis hermanos que me voy con mi Padre y vuestro Padre, con mi Dios y vuestro Dios». María Magdalena fue a decir a los discípulos que había visto al Señor y a anunciarles lo que él le había dicho.



Explicación

La obra alude al famoso episodio del encuentro de Jesús, resucitado, con María Magdalena. Sobre un fondo y en el exquisito paisaje sobre el que se anuncian los albores del alba, queda reflejada en el cielo una luz matutina. Una luz que acaricia las formas y baña suavemente la piel. En el exquisito paisaje, casi romántico, se desarrolla el episodio que protagonizan Jesús resucitado y María Magdalena.

María Magdalena, arrobada en su amor místico y fijando su mirada en Jesús, con sus labios entreabiertos, parece esbozar su ruego al Maestro.

Cristo, sereno, en posición dinámica iniciando el paso para no ser tocado: «Noli me tangere», señala al cielo donde espera encontrarse con el Padre. Es decir, recuerda a Magdalena que no puede quedarse en su compañía.

Toda la composición de los protagonistas, su dinamismo, sentido del encuentro, la gracia, la dulzura, las miradas, los gestos, las posturas son de una enorme profundidad psicológica.

INCRECULIDAD DE SANTO TOMÁS





Incredulidad de santo Tomás.



Mathias Stomer.



Museo del Prado (Madrid).

Juan 20,24-29

Tomás, uno de los doce, a quien llamaban «el Mellizo», no estaba con ellos cuando llegó Jesús. Los otros discípulos le dijeron: «Hemos visto al Señor». Él les dijo: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el lugar de los clavos y la mano en su costado, no lo creo». Ocho días después, estaban nuevamente allí dentro los discípulos, y Tomás con ellos. Jesús llegó, estando cerradas las puertas, se puso en medio y les dijo: «¡La paz esté con vosotros!». Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo aquí y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente». Tomás contestó: «¡Señor mío y Dios mío!». Jesús dijo: «Has creído porque has visto. Dichosos los que creen sin haber visto».



Explicación

La obra está inspirada en el Evangelio de san Juan y recuerda a Tomás, que no cree en la identidad de Jesús, metiendo sus dedos en su costado. Se trata de la mayor prueba de su resurrección. A esta prueba se dirigen las miradas del espectador. La prenda que lleva Jesús, más que una túnica, parece el sudario.

Las figuras, de gran realismo, emergen recortadas sobre el fondo oscuro. La luz está destinada a resaltar la materialidad de los cuerpos, especialmente el torso de Jesús. Sobre el abdomen queda proyectada la cabeza de Tomás, para hacer más real la presencia del resucitado. Del mismo modo quedan iluminadas las personas colocadas en primer término.

LA CENA DE EMAÚS





La cena de Emaús.



Caravaggio.



National Gallery (Londres).

Lucas 24,13-19.28-31

Aquel mismo día, dos de ellos se dirigían a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos trece kilómetros. Iban hablando de todos estos sucesos; mientras ellos hablaban y discutían, Jesús mismo se les acercó y se puso a caminar con ellos. Pero estaban tan ciegos que no lo reconocían. Y les dijo: «¿De qué veníais hablando en el camino?». Se detuvieron entristecidos. Uno de ellos, llamado Cleofás, respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha sucedido en ella estos días?». Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús de Nazaret, que fue un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo...».

Llegaron a la aldea donde iban, y él aparentó ir más lejos; pero ellos le insistieron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque es tarde y ya ha declinado el día». Y entró para quedarse con ellos. Se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces sus ojos se abrieron y lo reconocieron; pero él desapareció de su lado.



Explicación

En el cuadro se representa el momento en el que el desconocido bendice la mesa y reconocen en él al resucitado.

La expresividad de los personajes queda patente con sus gestos mientras el posadero contempla ignorante la trascendental escena. A pesar de los modelos populares que emplea, la escena es de una gran profundidad.

La luz con sus claroscuros envolventes transforma las figuras sencillas y toscas en religiosas y sagradas. Lo mismo sucede con los objetos que están distribuidos sobre la mesa: la granada, símbolo de la pasión de Cristo; la uva negra que hace referencia a la muerte; la blanca, a la resurrección; el pan y la jarra de vino haciendo alusión a la Eucaristía; la sombra de la canastilla sobre la mesa, que parece la de un pez, signo cristológico. Es decir, une en la composición realismo y simbolismo a la vez.

Jesús, en el centro, aparece bendiciendo la mesa en un gesto que recuerda el eucarístico. Su aspecto imberbe simboliza la nueva apariencia. A la derecha está Santiago, vestido de peregrino con la concha sobre el pecho y con los brazos abiertos, recordando la cruz, desafía la perspectiva. A la izquierda Cleofás, con total asombro, se levanta de la silla al reconocer a Cristo resucitado.

El realismo es tan detallado que los personajes visten con ropajes rotos, toscos y usados, como se aprecia en el codo del discípulo.

PENTECOSTÉS.





Pentecostés.



Juan Bautista Maino.



Museo del Prado (Madrid).

Hechos de los apóstoles 2,1-4

Al llegar el día de pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente un ruido del cielo, como de viento impetuoso, llenó toda la casa donde estaban. Se les aparecieron como lenguas de fuego, que se repartían y se posaban sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según el Espíritu Santo les movía a expresarse.



Explicación

La escena representa cómo, a los cincuenta días después de la resurrección de Jesús, los apóstoles recibieron la inspiración del Espíritu Santo. Muestra un gran efecto de movilidad que se acentúa en los ropajes. Se trataba de una de las primeras reuniones de los primitivos cristianos, presidida por María en ademán de oración. Uno de los apóstoles, que podría hacer referencia a san Lucas, autor de los Hechos de los apóstoles, está dando fe del acontecimiento. Al otro lado, y en primer plano, está san Pedro, señalado por la llave que tiene a su lado. El resto, en abigarramiento del espacio, mira asombrado a lo alto contemplando al Espíritu Santo, simbolizado en la paloma, del que se irradia la gracia, a modo de rayos de los que se desprenden lenguas de fuego, y cuya luz llena de plasticidad la escena.

En esa hora recia y sobre los que le suplican se enciende y mantiene el fuego del amor. El Espíritu de santidad que anida en todos, se refleja en los rostros que les colma de alegría, de esperanza, de confianza y de serenidad, contra la tristeza, miedo y desconfianza que les movió a resguardarse en el Cenáculo.

María, en torno a la cual permanecen todos, es el alivio, descanso y quien les conforta contra el sabor del fracaso.

